

KOMOREBI

CRESPARCHADA

KOMOREBI

CAMINANDO ENTRE RECUERDOS Y SIN AFÁN



Komorebi: Caminando Entre Recuerdos y Sin Afán

© 2023 Geraldine Ramirez Bustamante “Cresparchada”

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin mencionar al autor del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Prólogo: Lorena Pertuz

Corrección ortotipográfica: María Fernanda Terreros

Diseño e ilustraciones: Geraldine Ramirez Bustamante “Cresparchada”

ISBN: 978-958-49-9368-7

Impreso en Medellín, Colombia.

La cima está enfrente.

Quizás saber eso es lo más difícil; requiere entender que para alcanzarla primero hay que dar muchos pasos, en los que las piernas, la cabeza y la fe tiemblan; implica saber que independientemente de lo rápido que quieras caminar, la distancia es la misma.

Cuando finalmente lo logras y llegas, tu paciencia, gratitud y esperanza hacen fiesta. Y por un momento descansas.

Hasta que notas algo: enfrente tuyo hay una nueva cima, completamente distinta y lista para que la alcances; pero la trayectoria para embarcarte en ella es lo más peligroso del camino.

Sin embargo, tomar el riesgo es la opción menos riesgosa.

Este libro te lo dedico a ti, que estás leyendo:

Espero que, por medio de mis palabras, te acerques más a quien eres y a quien desde el día cero te ha amado sin abismos de por medio.

CONTENIDO

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	13
01 LLENANDO VASOS HUECOS	16
02 LA VISITA QUE NUNCA ESPERÉ	30
03 UN TOQUE DE GRACIA	42
04 LA PREGUNTA DEL MILLÓN	52
05 ENTRE AMIGOS	66
06 HELADO 27/4	76
07 CRESPOS DEFINIDOS	88
08 EL ORO DE 18K	100
09 MURO DEL TOTAZO	112
10 CON TODO LO QUE TENGO	124
11 A PASO SUAVE PERO CON RITMO	134
GRACIAS	146
YO	148
EPÍLOGO	150

PRÓLOGO

Antes, durante y después...

Son las palabras con las que puedo describir este libro.

Y siendo sincera, no creo en las casualidades. La palabra “casualidad” tiene como significado: “causa desconocida de un hecho o suceso imprevisto”. Y realmente esto (este momento), no es una casualidad; y saber que tienes este libro en tus manos, para nada es un momento casual; debes saberlo.

Antes de que tú y yo existiéramos, alguien había planeado este momento, esta historia, tu historia, la historia de muchos desde otra perspectiva; un *antes* de un encuentro, un *antes* de la vida sin Dios.

Un *durante*, que es tu presente. Este presente. Quizás un presente con muchas comodidades y un gran estilo de vida, o un *durante* del que quisieras escapar por culpa de tu *antes*. También, puede ser un presente

teniendo de todo, excepto al que lo es Todo; o tal vez es un *durante* en el que ya conociste al Todo, pero te desenfocaste, yendo hacia lo que has creído que lo era todo.

Y claro, un *después*, el futuro; ese que tanto nos intriga conocer y por el cual sentimos tanta curiosidad.

Komorebi nos muestra este *después*.

El tan anhelado futuro frente a nuestros ojos que siempre ha estado ahí, invitándonos a que seamos amigos.

Este *antes*, este *durante*, y este *después*, tienen nombre propio: Dios, quien fue, quien es y siempre será.

—Lorena Pertuz

INTRODUCCIÓN

Soy de las que piensa que las introducciones no deberían ser largas; mucha gente ni siquiera las lee. Yo sí las leo (casi siempre) pero acá entre nos, las leo rápido y sin prestar mucha atención. Por eso, intentaré que esta no sea extensa.

Te cuento que mientras escribo esto es 1 de enero del 2022, primer día del año, y día en el que comienzo a redactar las páginas de *Komorebi*, por segunda vez.

Hace unos meses, escribí una primera versión, pero sentí que necesitaba sentarme de nuevo frente al computador y hablar un poco más.

Esto no quiere decir que voy a seguir editando y editando *Komorebi* de manera indefinida a lo largo de mi vida, solo que por esta vez, de verdad quiero hacerlo; quiero reescribir fragmentos, quitar otros, y añadir

algunos, pero sobre todo, quiero sanar en el intento, y recordar lo que quizás he olvidado de mí y de los que me rodean.

A lo largo de estos capítulos, mencionaré a varias personas y usaré nombres ficticios, por cuestiones de privacidad (a menos que diga lo contrario en el capítulo o mencione a alguien famoso); pero si hablo de ti, probablemente lo sepas sin que diga tu nombre real.

La secuencia de los capítulos está diseñada para que puedas leer el libro en desorden, porque las historias no están en el orden que ocurrieron, entonces no tendrás problema cuando se te olvide el número de página en la que estabas y no le hayas puesto marcapáginas (a todos nos pasa).

Mi intención es que vivas este libro, *Komorebi*, como quieras, sin ninguna estructura obligatoria; la intención es que simplemente estés presente.

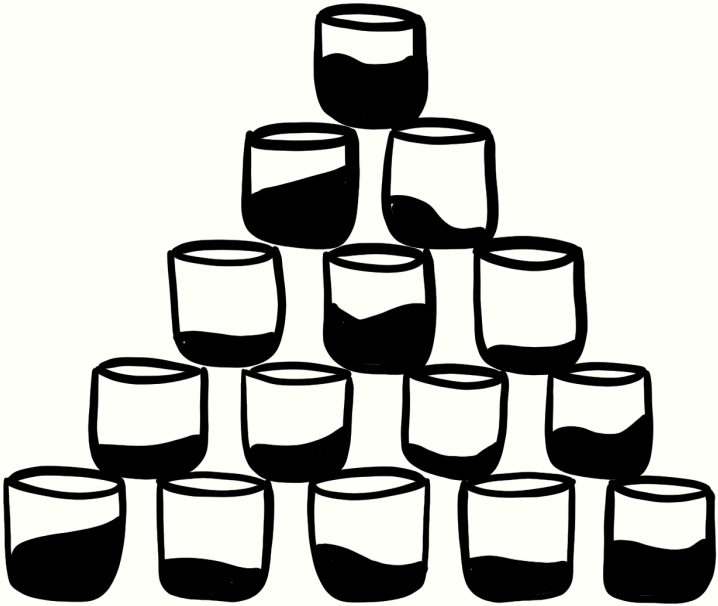
Inhala.
Exhala.



LLENANDO

VASOS

HUECOS



01

LLENANDO VASOS HUECOS

Sería muy lindo que yo te contara que luego de ese momento dejé de beber. Pero no, en cambio, más adelante añadí el cigarrillo a mi rutina de adolescente profesional.

Cuando tenía quince años, empecé a tomar. La verdad, desde más pequeña ya tomaba leche achocolatada y jugo; pero en este caso no se trataba de ese tipo de bebidas, sino de las que tienen cierto grado de alcohol.

Y aunque no lo disfrutaba, tomaba para acceder a los beneficios (no tan beneficiosos) de estar borracha.

Me habían invitado a la fiesta del año; la cumpleañera era hija de una persona muy importante del país. Mis amigos y yo estábamos muy emocionados porque en el colegio había mucha expectativa frente a esta celebración. Eran muchas las apuestas sobre quién sería la

celebridad invitada a cantar; sinceramente, ya ni me acuerdo quién fue, pero sí sé que no gané la apuesta porque ese día no vi a Wisin y Yandel en ningún lado.

Por si no eres de mi época, abro paréntesis para contarte: Wisin y Yandel son los líderes del reguetón antiguo. Yo era la más fanática, y mi sueño era ser la versión femenina de ellos con una amiga de la infancia; nos llamábamos “Las Extraterrestres: El Dúo Estudiantil”. Cierro paréntesis.

Después de una cita de maquillaje y peinado en un centro comercial, me puse mi vestido blanco, y mi papá nos llevó a la fiesta a mi mejor amigo Andrés y a mí.

Llegamos al sitio y era una locura; recuerdo que vimos el lugar desde el carro y nos saltaban los ojos. Sé que Andrés, al igual que yo, estaba pensando en la comida que nos iban a dar; y mi papá, en la comida que se iba a perder.

Junto con Andrés, saludé de beso en el cachete a todos los conocidos que ya habían llegado; y lo segundo que hice fue acercarme al bar. Pedí un vaso de ron con gaseosa y comencé a tomármelo a contrarreloj, porque necesitaba emborracharme para poder dejar de pensar en algo distinto a satisfacerlos a todos en la fiesta.

Luego de haber dejado secos algunos vasos de ron, mientras caminaba sobre piedras, o como le dicen hoy en día, tacones; me acerqué al bar para pedir un trago más, y me encontré con Juan y su novia.

—Geral, por favor, no tomes más. —Me dijo Juan, viendo el estado en el que yo me encontraba. En sus palabras había autoridad y todo el amor del mundo; y en medio de mi falta de consciencia de ese día, recuerdo la preocupación tangible en sus ojos acompañando sus palabras. Era sinceridad absoluta.

Lo miré, le sonreí, quizás le conté uno que otro chiste, y seguí.

Juan me quitó el vaso con toda la delicadeza y contundencia que había en sus manos, y lo volvió a decir.

—Geral, no tomes más. —Mientras tanto, su novia lo miraba y me miraba sin decir nada; creo que a la situación le sobraban palabras.

Le dije que podía estar tranquilo porque yo estaba bien, aunque en mi interior había dos realidades: una, yo no estaba bien, y dos, me gustaba sentir que alguien se preocupaba por mi bienestar en ese momento.

Decir lo que sentía era un arte en el que, sin duda alguna, yo no destacaba. Entonces cuando me enfrentaba a pensamientos acusadores y debilitantes, las palabras se perdían antes de salir de mi boca; en

consecuencia, era difícil obtener las herramientas y la ayuda, para transitar la adolescencia (y la vida en general).

La aventura de vivir requiere de mucho autodescubrimiento. De lo contrario, puede convertirse en un juego de apariencias, que sin las bases correctas, solo se gana complaciendo al jurado.

Unas cuantas fiestas y mililitros (quizás litros) de alcohol pasaron para que llegara el día de mi iniciación en la nicotina. Estaba en lo que llamo “mi plan favorito”, una noche de concierto con Andrés, cantando a todo volumen.

Durante el tiempo de cambio entre la primera y la segunda banda en el escenario, nos sentamos en el piso con un grupo de amigos de él, y fue en ese momento que le pedí que me enseñara a fumar.

—¿Estás segura de que quieres aprender? Cuando entras en esto, después no sales. —Me dijo una de las amigas de Andrés, mientras sus palabras se acompañaban del humo del cigarrillo que sostenía en su mano.

Aprendí a fumar en menos de dos minutos, al parecer era una profesional del humo.

LA AVENTURA
DE VIVIR

REQUIERE DE MUCHO
AUTODESCUBRIMIENTO.

Cada fin de semana, mi pareja de baile en las fiestas era la dupla del alcohol y el cigarrillo. Andrés y yo comprábamos una caja de Lucky Strike para los dos cada vez que salíamos, y como buenos amigos, la compartíamos con otros que también fumaban (pero no pagaban por hacerlo).

Me volví multitareas: el vaso de ron en una mano, en la otra el cigarrillo, y entre el dedo meñique y el que le sigue, la candelita para prender el próximo. Así fue por un tiempo.

Un miércoles por la tarde, estaba en mi casa viendo televisión, y mi ansiedad empezó a extrañar el cigarrillo. En mi bolso tenía la caja que había comprado la semana anterior con Andrés, y lo único que quería era prender uno. Pero todavía faltaban tres días para la siguiente fiesta.

En ese momento se encendió la alarma, la que había sonado en otras ocasiones, pero yo había ignorado; la alarma de mi espíritu recordándome que me estaba fallando a mí misma.

Algo era seguro: si tomaba la decisión de no solo emborracharme y fumar en fiestas, sino también en mi casa (a escondidas), le iba a dar entrada a la adicción para que conviviera conmigo. Y debido a mis elevados niveles de autosuficiencia, me incomodaba la idea de depender de algo (o de alguien).



Así que, me levanté del mueble, abrí el closet y busqué en el bolsillo secreto de mi mochila la caja de cigarros; la abrí, la olí, la volví a guardar escondiéndola un poco más (para luego botarla en una caneca de basura cerca de mi casa), y me prometí a mí misma que no volvería a fumar, ni a beber con el propósito de perder la consciencia.

Acá entre nos, ese día Geraldine (yo soy Geraldine, ese nombre no lo cambié) se estaba despidiendo de dos de las armas que había estado disparando por meses para ignorar las preguntas, preocupaciones y vacíos oscuros que había dentro de ella.

Eso lo relaciono mucho con montar en bicicleta. Cuando pedaleo por mucho tiempo, termino con los músculos adoloridos; ese es un dolor saludable porque proviene de algo que me hace bien, aunque ni siquiera pueda subir escaleras sin que las rodillas tiemblen.

Sin embargo, hay dolores peligrosos que están lejos de ser saludables, como los que sé que me estoy autocausando debido a personas o acciones, y que no tienen como objetivo mi beneficio. A pesar de que sé que me hacen doler cada vez más, me cuesta tomar la decisión final de dejar ir este tipo de dolores.

Sin saberlo, en aquella fiesta quinceañera (sí, a la que no fueron Wisin y Yandel), Juan había actuado como un pedacito del cielo en la Tierra.

Había dejado su comodidad del momento y el tiempo de disfrute con su novia (y los besos de su novia), para cuidarme a mí; para recordarme que lo que yo estaba haciendo no era bueno para mi salud, y para hacerme saber que el afecto que yo no sentía por mí, él sí lo sentía.

Después de fracasar en el intento de apagar el dolor con más dolor, puedo decir que tengo la clave. Es lo único que ha funcionado en mi vida, y por eso te invito a intentarlo: Dios.

Mi relación con Dios es mi clave.

Tu relación con Dios puede ser tu clave.

Y es que, pienso que como seres humanos fuimos creados para ser amados. Dios nos creó con esa necesidad porque sabía que él la podía satisfacer, aunque no siempre seamos conscientes de eso.

Aún tengo momentos en los que solo quiero rendirme y dejar de sentir. Porque en ocasiones vivir duele (más que un golpe en el dedo pequeño del pie), pero eso está bien, el dolor es inevitable y universal. Sin embargo, el amor también lo es y me atrevo a decir que es mucho más poderoso; y es lo único que puede llevar a que mi corazón haga espacio para mí misma, y para otros.



Yo soy libre, soy libre.

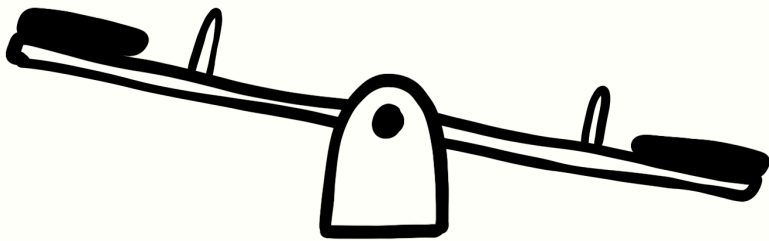
Yo soy libre, como los pájaros en el cielo.

Yo soy libre, como las olas del mar.

Yo puedo decir que soy completamente libre.

2

LA VISITA
QUE
NUNCA
ESPERÉ



02

LA VISITA QUE NUNCA ESPERÉ

Cada 23 de julio por la noche, le preguntaba a mi mamá qué me iba a regalar de cumpleaños el siguiente año. Creciendo, esa era solo una de las formas en las que se mostraba la ansiedad, que yo disfrazaba de hiperactividad; pero en el año 2021 me di cuenta de que no había manera de seguirle poniendo trajes a lo que estaba sintiendo, algo se había apagado en mí.

En ocasiones me sentía como si me hubieran sedado o desconectado de mí misma. La ansiedad había dejado de ser solo mental, y se había convertido en algo físico, que me alejaba de mi cuerpo de manera contrastante. En pocas palabras, mi cuerpo estaba, pero yo no lo habitaba.

Sabía que la situación se me había salido de las manos, si es que en algún momento la pude controlar, y necesitaba ayuda.

Estacioné el carro al lado de un parque cercano a mi casa, moví la silla hacia atrás para tener más espacio y estar cómoda, conecté mis audífonos al celular, e ingresé a la videollamada. Era mi primera sesión de terapia, y me había prometido ser honesta conmigo y con la psicóloga.

—¿Cómo te puedo ayudar? —Preguntó ella después de una breve introducción compuesta por muchos datos personales.

—Tengo dificultad para hacer cosas que para otros son tan fáciles como respirar, hablar y comer. Duermo más de las horas recomendadas y, de igual manera, me siento como si no hubiese descansado en meses. Siento pánico de salir, incluso si es con personas que aprecio. Experimento enojos constantes y ni siquiera conozco su raíz. Tengo al miedo acompañándome como si fuera mi sombra. Me pierdo en pensamientos al punto de olvidar lo que estaba haciendo en realidad; me pasa muy seguido. No disfruto vivir; hace rato no me siento yo misma.

Habiendo dicho eso, quedé un poco avergonzada; y con cada síntoma que salía de mi boca, me tenía que recordar que ese era un espacio seguro en el cual podía recibir la ayuda que necesitaba, sin ser juzgada.

Después de aproximadamente cuarenta y cinco minutos de haber hablado en detalle acerca de todo lo mencionado anteriormente, esperaba que ella me dijera que todo se debía a la ansiedad (nada nuevo

que yo no supiera) y que me diera la clave para estar bien.

En parte, así fue; algo de lo que me sucedía era desencadenado por esa razón, pero el resto, tenía un fundamento distinto.

—Además de ansiedad, estás viviendo un cuadro depresivo. Te voy a remitir al psiquiatra para que te vea, confirme el diagnóstico y recete los medicamentos necesarios para que sea más fácil que trabajemos juntas en esto.

No tenía palabras, y mis pensamientos se peleaban entre ellos.

Por un lado, esperaba que el psiquiatra estuviera en desacuerdo con el diagnóstico anterior y que no me recetara ninguna medicina; y, por otro lado, esperaba que estuviera de acuerdo, porque ya quería poder entender qué era lo que me estaba sucediendo y hacer algo para cambiarlo.

En definitiva, el psiquiatra no hizo más que confirmar todo lo que había dicho la psicóloga.

¿Depresión? ¿Yo?



Siendo yo una persona que ama las bromas y hacer reír a los demás, eso no tenía sentido; pero al mismo tiempo, tenía todo el sentido del mundo.

De salud mental no se habla mucho, y con lo poco que se dice, no tiene buena fama.

La cotidianidad se alinea más hacia un “si tu salud mental no está bien, estás loco”, que hacia un “aunque tu salud mental no está bien, estoy aquí contigo para lo que necesites”. La verdad es que, debido al desconocimiento, existen muchos juicios frente a esta realidad en el trabajo, el colegio, la universidad, la iglesia, entre otros lugares del mundo... y quizás de Marte.

He oído a Walter Riso decir que la depresión es aprendida, a menos que tenga fundamento en un desbalance bioquímico. Él explica que la aprendemos cuando vivimos episodios de estrés en niveles incontrolables; es decir que, hagamos lo que hagamos, el estrés permanece, se escapa de nuestro control y no tenemos manera de predecirlo, resultando en la desesperanza: la depresión.

Aunque el diagnóstico no fue fácil de aceptar, ya que todo dentro de mí se retorcía, agradecí el hecho de contar con la ayuda que requería para adquirir los recursos necesarios, poder sanar, y sentirme bien.

Comencé mi tratamiento con terapia y medicina, y he podido adquirir mucho autoconocimiento y herramientas que creo que todos necesitamos tener en el bolsillo; pero ninguna de las dos me ha dado tanta esperanza como Dios y mi familia. Y cuando vivimos con depresión y/o ansiedad, si hay algo que necesitamos es esperanza.

Este proceso de recuperación es un sube y baja, un día pienso que lo logré y al día siguiente me doy cuenta de lo mucho que falta todavía, pero sigo caminando y sé que no lo hago sola.

La ansiedad y la depresión llegaron de visita sin anunciarse, sin invitación. Pero ante esto, he visto a Dios quitar con mucha gracia y mucho amor cada una de mis capas de autosuficiencia, hasta llegar a mi corazón y demostrarme que en mi debilidad encuentro mucha fortaleza para sanar.

A lo largo del tiempo, he aprendido a identificar los gatillos que activan mis niveles más altos de ansiedad y depresión (esos momentos en los que me encuentro en un lugar, mientras que mi cabeza está en todas partes, menos ahí conmigo).

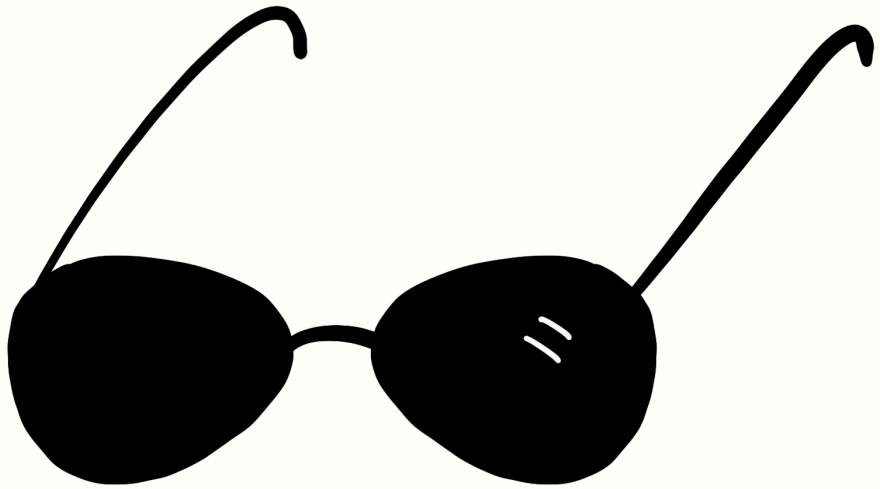
—No te dejes controlar por la angustia y el miedo; mi paz está contigo, tanto en tus pensamientos, como en tus emociones, y en toda tú. Mi paz cuida tu corazón y tu mente. —Son algunas de las palabras de Dios

SIGO CAMINANDO
Y SÉ QUE
NO LO HAGO SOLA.

frente a dichos momentos en los que pierdo el foco. Y es que, él siempre está haciendo algo para ayudarnos a sanar.

Él no es como ese compañero de clase que decía que se esforzaba, pero realmente no aportaba nada al proyecto grupal. Dios sí está haciendo algo en mi vida y en la tuya; y para verlo, solo necesitamos ponernos los lentes de su perspectiva.

Acá entre nos, yo creo que Dios usa las Wayfarer de Ray-Ban.



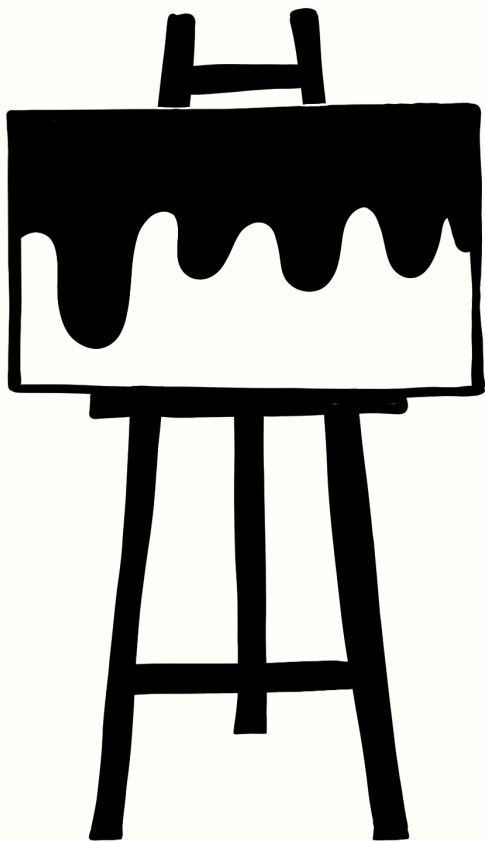
3

UN

TOQUE

DE

GRACIA



03

UN TOQUE DE GRACIA

Soy muy boba.

¿Por qué siempre me pasa lo mismo? Seguro hay algo mal en mí.

Todo el tiempo le hago daño a las personas que quiero.

Estoy segura de que les incomoda que yo esté acá.

Mi opinión no es importante.

Arriba plasmé algunas de las palabras que me he repetido constantemente a mí misma por varios amaneceres.

Son manchas que se han adherido a mi cabeza, y que a veces permean mi boca; al punto de convertirse en las que definen el canvas de mi vida.

En tiempos difíciles busco aferrarme a pensamientos mentirosos; es como si me diera miedo dejarlos ir. Incluso, tiendo a enriquecerlos en otros lugares; por ejemplo, si estoy triste, opto por ver una película que

me haga llorar (aunque eso no es tan difícil, hasta las de comedia me hacen llorar) o escucho una canción triste.

Y me he dado cuenta de que ese es un comportamiento común. ¿Sabes cuántas personas me han dicho que cuando les rompen el corazón escuchan canciones tristes? Creo que el 90% de la población lo hace, ese otro 10% no ha tenido el corazón roto.

Es muy curioso; muchas veces nos aferramos tanto a la situación que estamos viviendo, que nos empezamos a identificar con ella.

Poco a poco, me he dado cuenta de la importancia de cuestionar todo lo que llega a mi cabeza para identificar las mentiras, y sobrescribirlas con las verdades y pensamientos que me regala Dios, haciendo sonreír mi corazón.

También, me he hecho muy amiga de la gratitud, una coequipera infalible que me permite ver a Dios en todo: en el café del desayuno, las hojas de los árboles, las olas del mar, los burritos, el helado (especialmente el de yogurt con galleta Oreo y salsa de chocolate), mi agenda, etc.

Practicar la gratitud como deporte extremo ha cambiado mi manera de apreciar la vida, todos los días y cada momento del día.



Además, hay algo muy poderoso en ella, y es que tiene todas las habilidades para ahogar la comparación. Comparar mi vida con la de otra persona siempre va a ser una batalla perdida; porque en la diferencia es donde habitan muchos de los sueños, respuestas y razones por las cuales respirar.

Hay dos noticias importantes:

La mala noticia, es que van a seguir viniendo pensamientos que buscan perjudicar la percepción que tengo de mí misma. La buena, es que en mis manos está decidir si los recibo, o si los dejo hundirse en el mar de los caídos.

Por mucho tiempo, la culpa fue una barrera en mi relación con Dios. Inmediatamente después de hacer algo de lo que no estaba orgullosa, pensaba que él estaba completamente decepcionado de mí. Me sentía avergonzada, empezaba a victimizarme, y ahondaba más y más en esas mentiras. En contraste, cuando me pasaba algo bueno, de inmediato pensaba que no iba a durar, y que en algún punto se iba a derrumbar.

Un día, en medio de uno de esos momentos de confusión, él dijo:

—A veces eres muy dura contigo misma. Yo no lo soy. Yo quiero darte oportunidades; quiero darte todo. Lo bueno también puede pasarte a ti, lo bueno no solo le pasa a los demás. Recuerda, no se trata de lo que hagas, sino de mi gracia. Yo te amaré siempre.

EN LA DIFERENCIA
ES DONDE HABITAN
MUCHOS DE LOS SUEÑOS,
RESPUESTAS Y RAZONES
POR LAS CUALES RESPIRAR.

De cierta forma, yo pensaba que estaba evitando que Dios viera a través de mi máscara de vergüenza. Pero él siempre ve la intención de mi corazón, y me recuerda una y otra vez que, cuando cometo un error, continúa sosteniendo mi mano con amor.

Es por esa razón que escribo esto, tanto para ti como para mí: ya es hora de que te perdones por herir a otros y por herirte a ti mismo; y quizás uno, dos o tres (o cien) toques de gracia pueden hacer la diferencia.

Lo anterior es lo que mi terapeuta llamaría “autocompasión”, la misma palabra que tengo escrita en un post-it en la pared de mi cuarto de cara al escritorio en el que redacto los capítulos de este libro. Suena lindo, ¿cierto? Ja, ojalá fuera proporcionalmente igual de fácil de aplicar. Lo bueno es que hay gracia inagotable disponible para los que la queramos recibir, e incluso para los que no, también.



AUTOCOMPASIÓN

4

LA
PREGUNTA
DEL
MILLÓN



LA PREGUNTA DEL MILLÓN

Ese fue el último día que jugué fútbol en los descansos del colegio, en aquella cancha gris y pedrosa.

Soy la hija del medio. Sí, tengo dos hermanos, y soy la única niña; incluso soy la única nieta mujer de mis abuelos, por lo que siempre me he sentido muy especial, marcando la diferencia.

De mi hermano mayor he aprendido mucho sobre la Biblia y el sarcasmo; y de mi hermano menor he aprendido a perdonar el hecho de que, una persona más pequeña que yo, dañe mis marcadores favoritos, así como también, a tener un corazón de niña, noble, que no guarda rencores.

Desde pequeña siempre he sido muy curiosa y activa. Y prefería tener amigos que amigas, porque en los descansos del colegio las niñas solo querían hablar y hablar, mientras que yo quería jugar y jugar; algo que los niños también querían. Cuando mi mamá me preguntaba cuál era mi

hobby, mi respuesta era: “jugar”, y supongo que “jugadora profesional” era la carrera que quería estudiar.

Me gustaban mucho los deportes, los juguetes de policías, bomberos, médicos; todo lo que involucrara riesgo y salvar vidas. Aunque también jugaba a “la familia”, y le pedí a mi mamá que me comprara un muñeco Max Steel para que fuera el esposo de mi Barbie, porque él tenía más músculos que Ken. Me encantaba la adrenalina, entonces amaba montar en bicicleta y salir con mi mejor amigo a venderle helados a desconocidos alrededor del barrio.

A los ocho años de edad, me cambiaron de colegio y en los descansos empecé a jugar fútbol. Hasta que un día, un niño más grande que yo me dijo que yo parecía un hombre porque el fútbol era un deporte de hombres. (Obviamente esto sucedió antes de que el fútbol femenino creciera tanto como lo ha hecho hasta ahora).

Yo no quería que, siendo mujer, me dijeran que parecía hombre. Me sentía mujer, pero el concepto que se tenía de lo que significa ser mujer no era el que yo quería adoptar para mí, me aburría ese molde que me obligaba a sentarme a chismosear en los descansos.

Creo que siempre he notado algo diferente en mí.

No soy el imaginario de mujer que ama el maquillaje y las faldas, o que ocupa su tiempo preocupándose por su aspecto; y con esto no me refiero a que no me cuido, porque sí lo hago y me gusta verme bien y oler rico. Pero la mayor parte del tiempo, voy a preferir subir una foto a Instagram jugando con un filtro chistoso, que buscando el ángulo y la sonrisa perfecta.

Tampoco soy el imaginario de mujer sutil, la verdad es que soy un poco brusca, muevo mucho las manos cuando hablo y me encanta ser ruidosa. Tengo corazón de hippie, amo la ropa cómoda (y negra) por encima de la que está de moda; pero tengo mi estilito, o eso me gusta pensar.

En mi casa teníamos el privilegio de que mis papás trabajaran en el primer piso, y en el segundo era nuestro hogar. Esto era una ventaja casi siempre, y fue lo que me hizo notar ciertos hechos que me hicieron reflexionar mucho.

Mi papá terminaba su horario laboral aproximadamente a las seis de la tarde, mientras que mi mamá terminaba alrededor de las nueve de la noche muchas veces. Mi papá veía televisión, en tanto que mi mamá se encargaba de las tareas de la casa los días que no estaba la persona que nos ayudaba con eso. Mi papá se quedaba en casa cuando mi mamá y yo hacíamos mercado.

Ver estas (y algunas otras) cosas, me llevó a tener la idea de que ser mujer era algo muy aburrido. Yo veía con claridad que todo era más divertido para mi papá que para mi mamá; y esa era otra razón por la cual sentía que, si quería ser yo misma, no podía encajar en el molde de “mujer” que tenía la sociedad, y la historia.

Años después, en el mismo patio del colegio en el que había renunciado a disfrutar del fútbol en los descansos, se me acercó alguien a llamarme “marimacho”, que según la RAE significa “mujer que tiene aspecto, ademanes y actitudes que se consideran propios de los hombres”. Ahora, déjame decirte algo, no hay palabra que me desagrade más que esa.

En ese momento, sentí frío.

Un frío similar al que había sentido cuando recibí el comentario del fútbol; un frío que congeló mi confianza y seguridad, y que me quemó al mismo tiempo.

Cada vez que me decían algo que iba en contra de lo que yo era, sentía que me inyectaban dosis de vergüenza que ahogaban mi aceptación propia. Y a causa de esos, y otros comentarios que hicieron sobre mí, comencé a buscar ser esa mujer que la sociedad esperaba que fuese.

Me propuse ser la mujer más mujer de todas las mujeres.

Para adelgazar, empecé a entrenar en el gimnasio dos horas diarias, y mi alimentación estaba lejos de ser sana: en la noche comía dos claras de huevo con mostaza, y sin sal porque había leído en una revista que mucho sodio no deja perder grasa.

Cambié mi clóset, lo llené de blusas nuevas como las que todas las muchachas de mi edad estaban usando; la idea era encajar, no sobresalir.

Compré mucho maquillaje y me empecé a maquillar para ir al colegio. (Un día se me acabó la base y cuando adquirí una nueva, me equivoqué de color; entonces mis amigas me preguntaban si había estado en la playa, porque me veía muy bronceada).

¡Ah!, y también compré un bolso blanco del estilo de Sharpay de High School Musical; solo me faltaba el perrito.

Había funcionado. Estaba encajando y pasando desapercibida.

Pero adivina a quién se le había olvidado cuáles eran sus gustos porque estaba muy preocupada tratando de ser como las demás. Te doy una pista: tiene crespos. Sí, era yo. Por fin estaba encajando, pero de la manera más triste. Me había perdido a mí misma, intentando ser otra persona.



Volver a esas heridas que me habían causado requería vulnerabilidad. Tenía que soltar la vergüenza para poder avanzar.

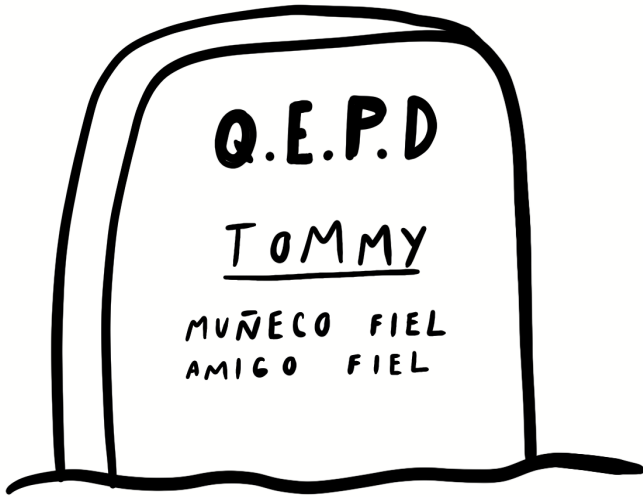
A medida que pasa el tiempo, confirmo cada vez más que, nada de lo que me habían dicho o yo me decía a mí misma para humillarme o menospreciarme, ha podido separarme del amor de Dios. Él me ha ayudado a reencontrarme conmigo misma. Y esto ha requerido que yo acepte las palabras en las que me dice que puedo ser yo misma con libertad; ha implicado que me pare frente al espejo intentando ver con mis propios ojos lo que él ve; ha requerido que, cuando hay comentarios que todavía duelen, recuerde que las únicas palabras que me definen son las suyas.

No te conté cuál era mi juguete favorito, ¿cierto?

Se llamaba Tommy (Q.E.P.D), un muñeco que lloraba y tomaba tetero. Me encantaba. Cuando nació mi hermanito, yo le ponía su ropa a Tommy para que tuviera un outfit diferente cada día.

Era mi muñeco preferido porque en algún momento quiero casarme con un hombre que ame a Dios (y se parezca a Max Steel) y tener un hijo (como Tommy), y otros cuatro más.

Pero quiero que cuando mis hijos me vean, sepan que ser mujer es un privilegio y algo divertido; quiero que cuando ellos reflexionen acerca



Q.E.P.D

TOMMY

MUÑECO FIEL

AMIGO FIEL

de lo que significa ser “mujer”, no piensen en maquillaje, sino en inteligencia, valentía y fortaleza.

Moldes hay muchos, y de todos los colores; pero no deben compartirse. Hoy puedo decir que me amo a mí misma; no porque lo tenga todo bajo control, sino porque amo lo mucho que he caminado hasta llegar aquí, y no me canso de conocerme cada vez más.

Entonces, cuando la pregunta del millón es “¿quién soy?”, le dejo la respuesta a Dios.

MOLDES HAY MUCHOS,
Y DE TODOS LOS COLORES;
PERO NO DEBEN COMPARTIRSE.

Tú capturaste mi corazón.

Tú cautivaste mi corazón.

Tus ojos cuentan tu historia porque son sinceros.

Tus ojos cargan dos palabras: escogida y significativa.

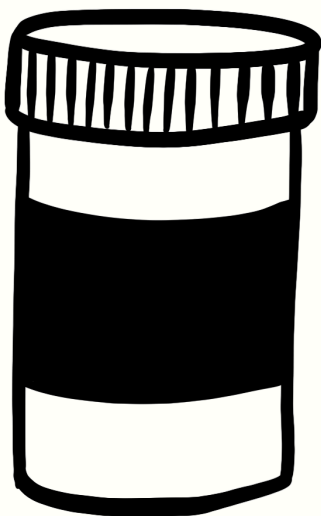
Porque eso es lo que tú eres.

Tú eres escogida por mí.

Tú eres significativa para mí.

5

ENTRÉ
AMIGOS



ENTRE AMIGOS

—¿Estás loca? No puedes morir sin que el mundo te conozca. Fue lo que me dijo mi mejor amigo Andrés, después de que le contara que dos semanas antes había pensado en maneras de suicidarme.

Al llegar a casa de una fiesta, entré a mi cuarto, me quité los zapatos, y en medio del olor a vodka en mi aliento y el cansancio que sentía, mientras me ponía la pijama para acostarme en mi cama sin tender, me topé con el frío de la soledad que tanto evitaba constantemente y que, por alguna razón, seguía merodeando; incluso cuando yo estaba rodeada de gente.

Cuando era pequeña, relacionarme con otros no era una tarea sencilla. Me costaba iniciar una conversación, y hacer amigos no estaba dentro mis habilidades. Pero como siempre me ha gustado hacer reír a la gente, a medida que iba creciendo aprendí a relacionarme de una manera más suelta por medio del humor, hasta que poco a poco fui dejando la

timidez. Sin embargo, a pesar de conocer a muchas personas, llegar al punto de confiar en ellas era difícil; tenía muchos conocidos, mas no amigos.

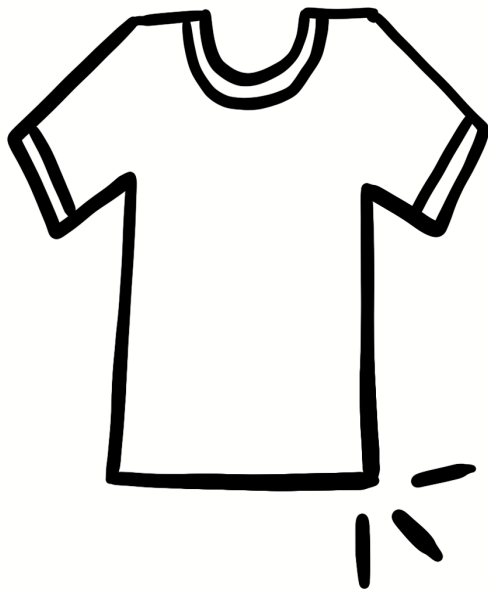
Recuerdo que un día, mientras mi cuerpo estaba sentado en la silla de mi escritorio, mi mente daba vueltas y vueltas alrededor de la misma pregunta: *¿Será que algún día podré tener amigos verdaderos?*

Y en medio del trajín en mi cabeza, Dios respondió:

—Cuando quieres ser amiga de una persona, anhelas que ella también quiera lo mismo; quieres sentirte apreciada. No tienes que seguir buscando amor, yo ya te amo. Has estado anhelando amigos por mucho tiempo, pese a que yo siempre he estado aquí.

Sus palabras sirvieron para ayudarme a aterrizar mi cabeza por un momento, y finalmente lo entendí: yo buscaba un amigo que hablara conmigo, que me escuchara, que me aconsejara, y que me hiciera reír, y eso era lo que había hecho el Espíritu Santo todo el tiempo.

No estaba viendo lo que Dios hacía en mi vida, porque mi perspectiva se basaba en lo que aún no veía. Cuando me di cuenta de eso, cambió gran parte de la manera en la que vivo; y definitivamente, ser su amiga ha sido la mejor decisión que he tomado.



Incluso, hace un tiempo entendí la diferencia entre una amistad temporal y una amistad de temporada.

La primera se presenta cuando nos damos cuenta de su temporalidad o intemporalidad después de haber construido juntos; es el resultado de una amistad sincera y desinteresada en la que ambas partes se benefician.

En cambio, una camiseta de temporada, la dejamos de usar cuando pasa de moda; así funciona el segundo tipo de amistad. En ella hay una motivación que busca su propio beneficio, pero cuando no hay más para recibir, deja de funcionar; es una amistad basada en palabras, no en hechos.

A medida que pasa el tiempo, Dios ha traído personas a mi vida; algunas se han ido y otras se han quedado para construir, crecer y sanar juntos.

Y poco a poco he aprendido a confiar, a mi ritmo y sin afán. Me enfoco en disfrutar; como me enseñó mi terapeuta; me concentro en lo que puedo aprender de aquellos que llegan a mi vida, antes de pensar si en algún momento se irán o si tomarán la decisión de quedarse; y también pongo de mi parte para que la estadía sea buena para ellos, sin dejar mis necesidades de lado.

Sé que a veces puede ser difícil mirar a otros con el objetivo de celebrar sus victorias, y que es más complejo cuando nos cuesta encontrar qué celebrar en nuestra vida; y también sé que una de las razones por las cuales no hablamos de nuestros logros, es porque nos asusta pensar que dirán que somos arrogantes. Pero yo propongo que cambiemos esta manera de hacer amistad.

Creo que es posible construir juntos, de una forma sincera y desinteresada; es posible apoyar a otros en sus derrotas, y también es posible que tengamos la humildad y la confianza para celebrar sus victorias y hablar de las nuestras.

Acostada en mi cama, lo pensé por un tiempo: quitarme o no quitarme la vida. Sabía que mi mamá tenía unas pastillas que el médico le había recetado para que se tomara una cada día, y yo me preguntaba qué pasaría si me tomaba varias de esas de una sola vez. Abrí la app de Safari en mi celular y según Google, el resultado podría ser mortal. Entonces decidí que lo haría al día siguiente.

Luego de varios minutos de lágrimas e incertidumbre, de pensar en todas las razones por las cuales no quería seguir viviendo, y de repetirme una y otra vez que a nadie le importaría si tomaba la decisión de quitarme la vida; me di cuenta de que, aunque me seguía sintiendo sola y vacía, dentro de mí había una luz de descanso que unos minutos antes yo no

ES POSIBLE
CONSTRUIR JUNTOS,
DE UNA FORMA SINCERA Y
DESINTERESADA.

había podido visualizar; quizás solo necesitaba aceptar cómo me estaba sintiendo, y enfrentarme a la decisión de no rendirme.

Y aunque eso no hizo que los pensamientos suicidas se fueran por completo, sí logró que borrara de la agenda el hecho de causar mi propia muerte al día siguiente.

Ese momento de mi vida no me gustaba, esa situación no me agradaba, esa soledad que sentía no me complacía, pero mi vida tenía (y tiene) un propósito digno de admirar, y Dios me lo recordó por medio de mi amigo Andrés, de quien te hablé al principio de este capítulo y quien, por cierto, es ateo (Dios puede hacer equipo hasta con personas que ni siquiera creen que él existe); las palabras de Andrés aún retumban en mi cabeza.

No puedes morir sin que el mundo te conozca.

6

HELADO

27/4



HELADO 27/4

Después de tanto tiempo, tanto intentar y esperar, otra vez estaba ahí; y a partir de ese momento, sentía que todo sería diferente.

Era mi primer día traduciendo para ese equipo misionero; bueno, realmente era mi primera vez como intérprete. Ya me había presentado con varios integrantes del grupo, y estaba parada en la puerta de la fundación esperando que llegara el resto.

En la sala ubicada junto a la puerta en la que yo esperaba, estaba sentado Dom, uno de los misioneros, que era como una mezcla de Papá Noel y Bob Goff: tenía barba, usaba lentes de fórmula, una gorra beige y una camiseta negra de House of Prayer; y siempre portaba una sonrisa para todos los que teníamos el privilegio de acompañarlo.

Dom me pidió que me acercara a la silla en la que estaba sentado porque quería orar por mí.

Me emocioné, e inmediatamente me senté junto a él y a otros dos misioneros con los que hablaba.

En medio de la oración, Dom dijo:

— Geraldine, hay algo que Dios quiere darte si se lo pides ya.

Adivina qué respondí...

—¡HELADO GRATIS POR SIEMPRE!

No, no fue eso (aunque hubiese sido una buena respuesta); lo que realmente dije fue:

—Yo solo quiero ser amiga de él.

Esa respuesta provenía de mi anhelo por dejar de sentirme ignorada por Dios.

Un tiempo atrás me había dado cuenta de que cuando pasaba tiempo con él, no lo sentía cercano, ni presente en medio de las cuatro paredes que hacían de oyentes cada vez que me dirigía a él.

Pero en la fundación, justo en ese momento, sentí su presencia una vez más; y a partir de ese día, me propuse ser mucho más consciente de ella. La meta era ser consciente de que Dios siempre estaba conmigo.

Recuerdo que al principio, cerraba la puerta de mi cuarto, apagaba las luces, ponía música, levantaba mis manos y decía:

—Espíritu Santo, ven. —Pero no sentía nada distinto en mí, no sentía su presencia.

Luego, además de hacer eso, implementé una velita en forma de búho, que decía “Jesús te ama” (gran nivel de espiritualidad), y la prendía a ver si ayudaba un poco.

Adivina qué.

Nada pasaba tampoco.

Así fue por un tiempo, hasta que un día y en medio de gran frustración, no usé nada más que brutal honestidad y una chispa de fe, y dije:

—Dios, hasta que no me muestres tu presencia, no voy a dejar de intentar. Acá sigo.

Y después de unos minutos, finalmente la sentí.

Allí estaba esa compañía invisible a simple vista, pero cálida y certera, que arropa cada parte de mí; la fuente que me llena de más confianza de la que siento que puedo cargar, y de la seguridad suficiente para creer que sí puedo hacerlo; el sol dentro de mí, que ilumina mis sueños y abre paso a amaneceres pintados de colores, con cada respiración.

Aunque los primeros días de buscar conocer a Dios dentro de mí y de reconocer su compañía habían sido difíciles, ya que me había acostumbrado a un Dios que requería de muchos protocolos para pasar tiempo conmigo, la realidad era que él estaba más que feliz de estar presente allí para mí, sin ningún tipo de exigencia.

Cada vez, sentir la presencia de Dios se convirtió en algo más automático para mí, independientemente de que estuviera en mi cuarto, en la universidad, en el bus o en cualquier otro lado.

Con el tiempo, he aprendido que su compañía es clave para que yo pueda ser guiada más por su espíritu que por mis emociones. Él es mucho más grande que mi corazón y mis emociones; esto no solo lo sé, sino que también lo siento.

Ahora, cuando me refiero a “sentir su presencia”, lo que quiero decir es que, si bien la presencia de Dios está en nuestra vida 24/7, no siempre somos conscientes de ella; lo que hace que la sintamos o no, no depende de él, sino de nuestro nivel de consciencia. Entonces, sin saberlo, cuando yo le pedía a Dios que me mostrara su presencia, lo que hacía en realidad era pedirle que me ayudará a reconocerla con facilidad.

Hace muchos años, un monarca de Israel llamado David, escribió el poema *Salmo 27:4*. Es mi favorito desde que lo leí por primera vez,



porque pienso que le da palabras a lo que siento, mas no siempre he sabido expresar. En él, David habla de su único gran deseo: mantenerse en la presencia de Dios todos los días de su vida.

La verdad es que, yo también me desvivo (y vivo) por su presencia; y mis palabras se hacen pequeñas al intentar describir exactamente lo que siento en su compañía.

Yo te invito a que puedas experimentarlo por ti mismo. A que cuando hables con él, también puedas escuchar lo que tiene para decir. A que cuando pongas música y quieras cantarle, te sientas con la libertad de hacerlo a tu manera, y si no eres bueno cantando, canta con más fuerza. Si quieres bailar, pero tu coordinación es del 0,1%, entonces baila con más ganas (de pronto no llegaste a la repartición de pies derechos y tienes dos pies izquierdos, ¡yo tampoco llegué!). Pinta, toca algún instrumento, toma café, incluso lava los platos con Dios.

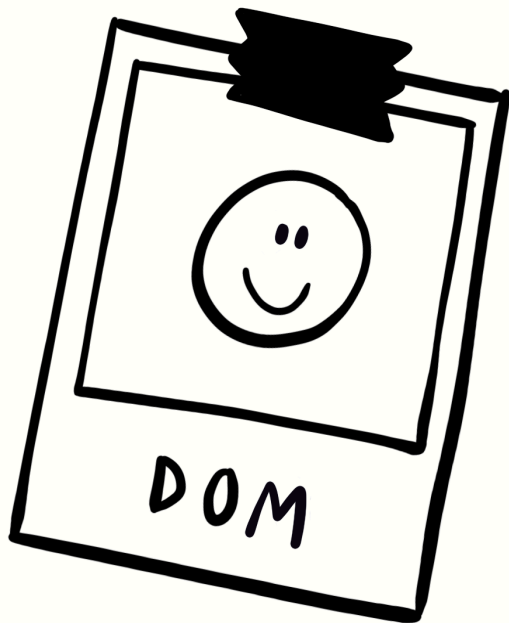
Puedes compartir con él todo respiro, y estoy segura de que disfrutará; porque él también atesora tu presencia.

Durante los días que estuve siendo traductora de Dom, él no desperdició oportunidades para decirme “¡eres asombrosa!”, y cada vez que lo hacía, yo sentía que era Dios quien lo decía.

DIOS TAMBIÉN
ATESORA
TU PRESENCIA.

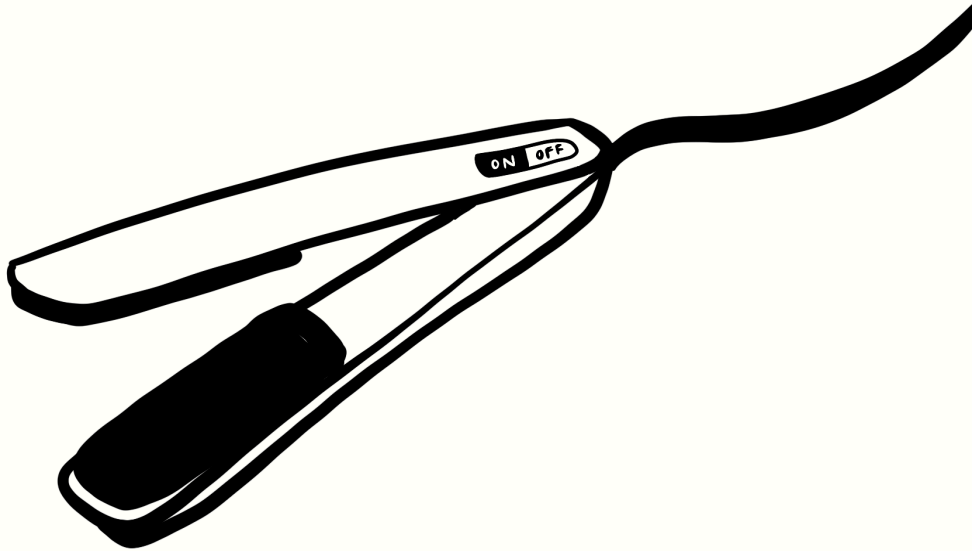
Quizás él sabía que, para creerlo, yo necesitaba escucharlo con frecuencia. De hecho, en la presencia de Dios esa es solo una de las muchas palabras que me estoy acostumbrando a aceptar.

P.D. Después de ese equipo misionero, nunca más supe nada de Dom, he intentado localizarlo para agradecerle por la marca que dejó en mi vida, pero no ha sido posible. Me quedo con una foto que nos tomamos juntos y con su recuerdo, que siempre que vuelve a mi mente me hace los ojos un lago.



7

CRESPOS
DEFINIDOS



CRESPOS DEFINIDOS

Ese día, al ver a Franco en aquel centro comercial cerca de mi casa, le di la espalda de inmediato para evitar que él notara mi cabello suelto, y cruzaba los dedos de pies y manos (y hasta las tripas) para no tener que saludarlo.

Un día cualquiera le pregunté a Dios, “¿cómo puedo adorarte lo suficiente?”.

—Tu corazón es suficiente para mí. —Fue lo que me dijo, y creo que esta respuesta también es para ti.

Pienso que, para tener una relación sincera de cualquier tipo, debe haber intimidad. Es necesario permitir que la otra persona conozca lo que hay dentro de nosotros, y la manera de hacerlo es a través de la vulnerabilidad. Y es de esta misma forma, que creo que podemos adorar genuinamente a Dios.

Sí, la vulnerabilidad es un concepto, a veces malentendido como desventaja o debilidad, pero para Dios es diferente: cuando somos vulnerables, somos fuertes dado que ser vulnerables requiere aceptar que, en parte somos humanos, que tenemos sentimientos y que podemos ser honestos con ellos.

Sin completa vulnerabilidad, no hay completa libertad. La vulnerabilidad es opuesta a la vergüenza, y se acompaña de la aceptación de que solos no podemos hacerlo, que la autosuficiencia y búsqueda del perfeccionismo no nos lleva a ningún lugar. El amor es vulnerable, y no deja de serlo incluso sabiendo que puede ser herido. Dios es amor, y él quiere tener una relación con nosotros en la que podamos ser sinceros con todo lo que sentimos.

A menudo escucho a personas aburridas que dicen que la vida con Dios es difícil, pero la realidad es que Dios no lo ha querido así; somos nosotros mismos quienes nos hemos encargado de complicarlo todo por medio de reglas y actuaciones magistrales.

Si has tenido la oportunidad y privilegio de verme (como diría una amiga, “se me cayó la humildad”), sabes que soy crespa. Pero cuando era pequeña, sumé varias horas de queratina y dolores de plancha en la peluquería, esperando que mi pelo fuera liso.

SIN COMPLETA
VULNERABILIDAD,
NO HAY COMPLETA
LIBERTAD.

En todas las fotos que tengo de mi época “anticrespos”, siempre llevo el pelo recogido en una cola; la verdad es que prefería eso, porque no me gustaban mis rulos.

Cada fin de semana, salía con el cabello suelto, porque era día de ir al centro comercial en familia; y como me bañaba antes de ir, tenía que esperar que los crespos se me secaran para poder recogerlos en una cola de caballo. Por esta razón, los domingos era inevitable llevar mi melena libre.

Aquel día, mientras subía las escaleras para entrar al centro comercial con mi familia, escuché a mis espaldas la voz de Franco saludándome. —¡Geraaal! —dijo por quinta vez. Yo intenté seguir caminando rápido, actuando como si no lo hubiese oído.

—Geral, ¡mira a tu amiguito! —Dijo mi mamá, la persona más sociable y amable que conozco. El resto es historia.

Me voltéé con una sonrisa en la cara, como si no lo hubiese estado evitando en absoluto. Lo saludé y me fui lo más rápido posible, para no darle espacio a una ronda de preguntas sobre mi peinado de ese día. Un peinado que, de todas las personas que me conocían en el colegio, él era el único que había visto.

Poco tiempo después de esa vergonzosa escena, comencé la búsqueda del pelo liso.

Aunque los tratamientos para alisar mi cabello funcionaron por un tiempo, me costaba mantenerlo bien porque requería un cuidado mayor que el que yo quería darle. Fue un intento fallido; yo estaba forzando mi pelo a ser algo que no era.

Quizás a veces así sucede en nuestra vida; la forzamos a funcionar sin Dios, cuando en realidad lo necesitamos. Y quizás también hacemos eso con Dios; forzamos la idea que tenemos de él a que quepa dentro una caja, y pretendemos que ese es su lugar.

De pronto, has escuchado hablar del mejor contador de historias que ha existido: Jesús. Sí, el Jesús que yo conozco; el subversivo, y de una rebeldía proporcional a su amor, sencillez y ternura. Mi amor por él va más allá de sus buenas historias; por él estoy viva. Y una de las razones por las cuales siempre lo he admirado, es porque él no intentaba ser alguien; él ya era alguien y lo sabía.

Cuando tenemos un entendimiento genuino de quién es Dios, sabemos quiénes somos nosotros y dejamos de intentar ser, para simplemente ser. Y la verdad es que, el mundo necesita más personas de las que se pueda aprender tan solo con verlas vivir.



Antes tenía muchos pensamientos como: *si creo en Dios, entonces no puedo hacer/decir* _____.

Pero me he dado cuenta de que Dios prefiere recordarme quién soy, por encima de enfocarse en ocupar mi cabeza diciéndome lo que no puedo hacer. Y he aprendido a no esconderme de él. Cuando hablamos, sé que puedo contarle desde mis grandes dudas, hasta mis pequeñas victorias; y los días que no sé cómo articular mis palabras, él entiende mi corazón, y se deleita en mi honestidad.

En momentos que me han preguntado de qué religión soy, he dudado un poco antes de responder porque podría decir que soy cristiana y esa sería la respuesta más sencilla, pero sé que llamarle religión a mi amistad con Dios, sería quitarle valor e importancia.

La religión obliga, hiere y divide; y eso es todo lo opuesto a él.

Yo tengo convicciones enraizadas en mi amistad con él. Pero una convicción es muy diferente a una obligación. La convicción nace del amor, está en el corazón y no cambia; por su parte, la obligación nace del miedo, está en la cabeza y tambalea hasta rendirse.

Una vida dirigida por obligaciones está más basada en una religión, que en amor.

Y si me lo permites (no tienes opción), te diré qué tipo de vida tiene Dios para regalarte en un empaque de gracia.

El tipo de vida que él tiene para ti es una vida llena de amor, fe, esperanza, paz, ¡ah!, y crespos definidos, por medio de su espíritu.

¿Qué tal suena eso?

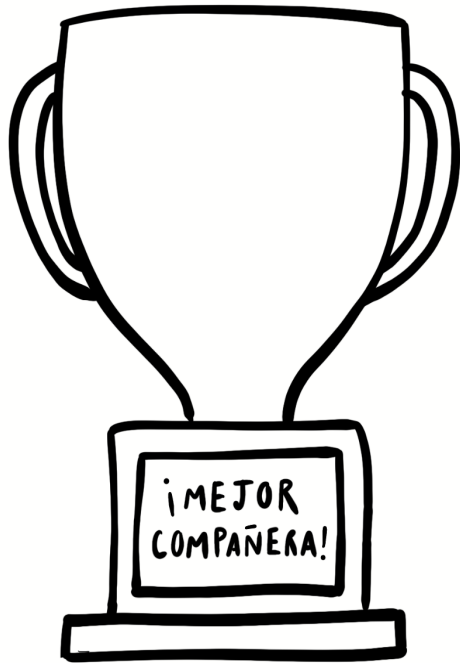




EL ORO

DE

18K



¡MEJOR
COMPAÑERA!

08

EL ORO DE 18K

Escuchar mi nombre me hizo sentir un mariposario y medio en el estómago. Pasé adelante, recibí el trofeo y di mi discurso de ganadora orgullosa: —¡Muchas gracias! —Dije mientras sonreía. Yo creo que todos estaban tan sorprendidos como yo.

A mi mamá le gustaba mantenerme ocupada en vacaciones del colegio para que “no perdiera el tiempo” sin hacer nada en la casa, entonces me inscribía en vacaciones recreativas. Yo por mi parte prefería perder el tiempo en casa; pero decirle “no” a mi mamá era (y todavía es) como intentar pelar un mango con cuchara.

En mi morral de recuerdos, guardo unas vacaciones recreativas que defino como: emocionalmente caóticas.

Fueron dos semanas llenas de competencias en equipos para obtener la satisfacción personal de ganar distintos juegos y retos; desayunos de

empanadas de queso cada día; almuerzos ricos y poco sanos; intentos fallidos de ganarle al Rocky Balboa del Ping-pong; y cerrar el día con piscina bajo el calor amarillo del sol, mientras sostenía un raspado rojo en la mano.

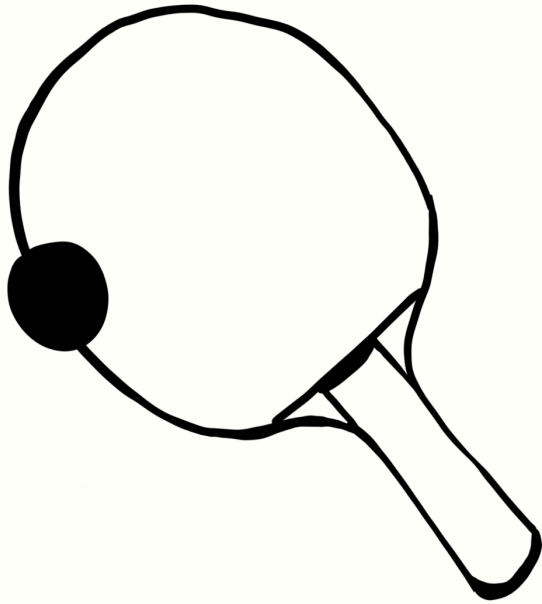
Esa era la cara bonita de mis vacaciones.

Tras bambalinas, lo poco disfrutable y muy memorable es que, cada día cuando se acercaba la hora libre, me empezaba a comer las uñas y mi respiración se ponía pesada, comenzaba a sudar y a divagar pensando qué hacer para evitar que ese día también estuviese sola o siguiendo a otras personas intentando no estarlo.

Aunque me esforzaba mucho para que cada pequeña palabra que saliera de mi boca fuese aceptable para los demás, yo era invisible para ellos. Su silencio me hacía daño, y al mismo tiempo, me intimidaba; logrando manchar de miedo mi corazón de niña.

Como no tenía amigos, me sentaba a almorzar con los encargados de las vacaciones recreativas. Creo que ellos se daban cuenta de lo que estaba pasando, entonces me abrían un espacio en su mesa para que comiéramos juntos como mejores amigos por siempre.

Mis papás no sabían nada porque nunca les dije, me avergonzaba que lo



supieran. Además, mi mamá ya había tenido repetidas conversaciones conmigo en las que me decía que no debía tenerle miedo a la gente, porque todos eran personas como yo, y ninguno estaba por encima o debajo de mí. Ella tenía razón, pero cuando estaba con mis compañeros del plan vacacional era más fácil ver su rechazo hacia mí, que recordar las palabras de mi mamá.

El último día de las vacaciones, nos dieron medallas (premios de consolación) a todos por haber sido parte del plan vacacional, y también tenían premios para personas que destacaron en habilidades específicas.

A mí me encantaban los deportes, pero no era tan buena como para sobresalir en alguno, entonces mientras me sentaba a escuchar los nombres de los ganadores, no tenía más opción que imaginarme recibiendo alguno de esos trofeos de oro 18k (aunque, en realidad, no eran más que metal barato pintado de color dorado).

—Este premio va para el Mejor Compañero o la Mejor Compañera de este año... —Dijo el director.

Y adivina a quién se lo dieron.

A mí. (*Silencio incómodo*)

Al parecer, los días almorzando con los encargados del plan vacacional habían dado fruto.

Imagínate el nivel de ironía de la situación. Le dieron el premio de mejor compañera a la persona que menos compañeros había tenido. Me gusta pensar que en ese momento, Dios hizo que me entregaran el trofeo a mí, porque sabía que era un deseo en mi corazón, y quería hacerme feliz. Y sí, creo que todos estaban tan sorprendidos como yo.

Los días en ese plan vacacional se juntaron en forma de un trauma, que no sanó tan rápido como me hubiese gustado. Llevaba una piedra de rechazo conmigo y sentía que debía luchar por hacer que la gente me aceptara porque no quería pasar por la misma experiencia nunca más; y mi manera de hacer esto, por mucho tiempo fue dejando que los demás me pasaran por encima.

Cuando me permití ser intencional con dejar que mi corazón sanara, volver a ese evento fue muy doloroso. Recuerdo que lo primero que hice fue preguntarle a Dios por qué no había estado ahí para mí.

Trajo a mi mente imágenes de las vacaciones recreativas, cargadas de momentos en los que ya no me sentaba sola sino que él estaba a mí lado, y me dijo:

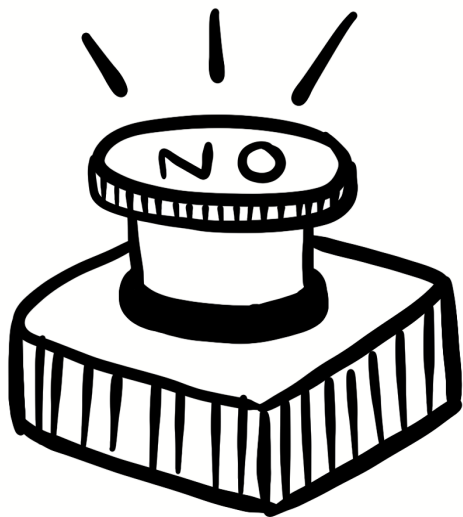
—Ellos no te vieron porque estabas muy asustada siendo quien realmente

eres. Pero yo quiero que sobresalgas en todos los lugares que estés y que ilumines cada esquina. Ilumina todos los espacios y cambia atmósferas. Las veces que sientas miedo, enfócate en ser tú misma con las personas, sabiendo que yo te creé para ser esa persona y para hablar, caminar y pensar sin miedo; influenciarás a muchos. Sé fuerte y valiente.

Esa visión y esas palabras fueron necesarias para que la herida dejara de sangrar y fuera cerrando. Dios me mostraba cuánto le dolía que yo me sintiera mal; y estaba dispuesto a seguir recordándome mi verdadera identidad.

Como todo, es un proceso, y el miedo a las personas no se fue tan rápido. Aunque eso pasó hace años, y la herida ha ido cerrando cada vez más, todavía tengo momentos en los que intento satisfacer a los demás por miedo a ser rechazada. A su vez, este miedo me ha hecho pensar que los demás esperan algo de mí y que tengo que esforzarme por alcanzar sus expectativas.

Pero Dios siempre ha estado ahí para recordarme que mi perfección no es algo que se requiera, y me invita a soltar esa necesidad de aprobación que tanto he buscado, para poder entender que tengo su aprobación completa y que eso es lo único que importa. Y también, me ha enseñado a decir “no” en los momentos que necesito hacerlo para decirme “sí” a mí misma; y eso ha sido fundamental a la hora de establecer límites



sanos. De esta forma, me enfoco en lo que más me acerca a mí misma y a él.

En el camino he tenido que arriesgar, dar pasos de fe, confiar en Dios y dejarlo que sane mi corazón. No me resisto, sé que duele, e incluso puede punzar más que la herida misma; pero vale la pena darle el permiso de acompañarme en el camino de sanidad.

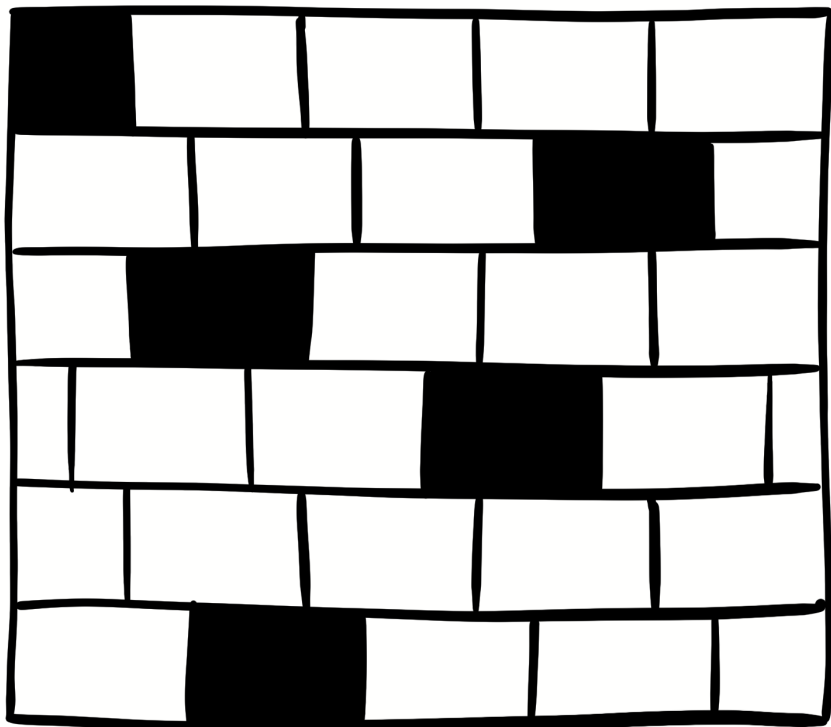
Algún día de su brillante vida, Maya Angelou dijo: “El amor no retiene, libera”, y no puedo estar más segura de esto; con Dios somos libres.

"EL AMOR
NO RETIENE,
LIBERA".

- MAYA ANGELOU

9

MURO
DEL
TOTAZO



09

MURO DEL TOTAZO

Muchas veces acercarme a ellos, sabiendo que tenían un sistema de creencias diferente al mío, era agotador.

Estudí Diseño Industrial, más conocido como: la carrera de la lija, “¿eso es diseño de máquinas?”, o “Geral, tú como diseñadora, ¿crees que la sopa del almuerzo cabe en este tarro?”.

En mi facultad había muchísima diversidad, creo que nunca había estado en un mismo lugar con personalidades de códigos Pantone tan variados.

El primer semestre fue muy complejo, me enfrenté a lo nuevo.

En especial, ver homosexualismo fue difícil de aceptar. Recuerdo que en ese tiempo, le hice mucho daño a una persona en particular: Catalina. Mi desacuerdo frente al hecho de que ella tuviese novia y que se besaran

constantemente en clase, me llevó a hacerla sentir muy mal. Sí, yo me sentía incómoda ante eso; pero no era excusa para lanzar burlas y críticas hacia ellas, solo porque no estaba de acuerdo con lo que hacían.

Cuando me di cuenta de que, con mis acciones solo estaba destruyendo la seguridad y confianza de Catalina, me acerqué a ella y le pedí perdón. —Tú no sabes todo lo que yo estoy pasando. Siempre hablas de amor pero sinceramente, no veo que lo demuestres. —Auch. Esa fue la respuesta de Catalina, antes de hacer las paces y decirme que estábamos bien. Ella tenía toda la razón, y aunque eso no era lo que yo quería escuchar, sí era lo que necesitaba.

Cata fue el muro contra el que me di el totazo (que en Colombia significa “golpe contundente”) para entender que me estaba comportando de forma completamente opuesta a la compasión y el respeto.

Pasó tiempo para que pudiese conversar con ella con tranquilidad, pues no confiaba en mí, y eso me dolía y me avergonzaba mucho porque sabía que todo había sido mi culpa.

Pero poco a poco, la relación mejoró y a pesar de no ser las más cercanas, Cata y yo nos llevamos bien, sin necesidad de fingirlo. Incluso, cuando leyó una primera versión de *Komorebi*, me llamó por teléfono para decirme que se había sentido identificada con mucho de lo que

yo había compartido en el libro, y también me agradeció por haberla hecho parte; ese día fui muy feliz. Y es que ella siempre estará en la lista de personas que han tatuado mi vida, porque fue quien se atrevió a decirme algo que quizás nunca nadie me hubiese dicho. Yo necesitaba su crudeza.

Un día estaba en la facultad, sentada en las escaleras del primer piso frente al patio, hablando con María José. Sin que yo lo esperara, ella me empezó a contar una serie de hechos que estaban sucediendo en su vida; y dentro de lo que dijo, mencionó que para ella era muy difícil creer que tenía cualidades positivas, que podía mencionar las negativas con facilidad, pero las positivas simplemente no.

El fin de semana le propuse el reto de buscar y hacer una lista de sus cualidades positivas para enviarlas por mensaje después; le aseguré que yo también lo haría, para que pudiésemos combinarlas y armar una lista más larga.

Cuando María José me mandó su lista, había seis cualidades que ella veía en su persona, mientras que en la que yo le mandé, había dieciséis; no porque yo era la más experta, sino porque Dios me ayudó a verla de la manera que él la ve. El objetivo de esta lista era que ella empezara a creer que estaba llena de buenos talentos.

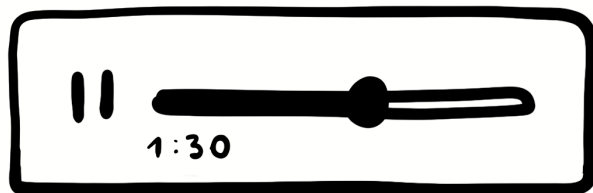
Al final del semestre, María me mandó una nota de voz, contándome un logro que había obtenido que para ella significaba mucho; y me dijo que una de las razones por las cuales lo había logrado, era por ese progreso que habíamos hecho fortaleciendo su aceptación propia.

Mi corazón sonrió, y de inmediato recordé que Dios había sido protagonista de ese proceso, porque él vive dentro de mí y, por ende, donde yo estoy, él está. Y aunque sé que eso no llevó a María José a querer tener una amistad con Dios, sí la acercó un poquito más a quien él dice que ella es.

Para aceptar a alguien, no tenemos que estar de acuerdo con lo que esa persona hace o dice. Cuando la aceptación está presente, nuestras opiniones, maneras de pensar y sistemas de creencia pueden ser diferentes; la aceptación se evidencia justo en el momento que digo “no estoy de acuerdo contigo, pero te respeto”.

En mi grupo de amigos de la universidad, éramos un sancocho de personas únicas, por no decir que algunos éramos completamente opuestos; sin embargo, fue mucho lo que Dios me enseñó por medio de ellos, tanto en clase, como en los tiempos libres cuando nos sentábamos juntos en la cafetería y abríamos nuestras cocas del almuerzo para dar paso a incontables e incansables conversaciones, imposibles de categorizar en un solo tema.

MARÍA:



Y había mucho de lo que pensaban, decían y hacían que yo no compartía, pero respetaba. Porque era consciente de que si yo optaba por no vincularme con ciertas ideas, palabras y acciones, eso no les quitaba a ellos la libertad de hacerlo; y es que, si voy a ser, quiero ser dejando que otros sean también.

Dios no solo transformó mi manera de ver a las personas a quienes les atraen otras del mismo sexo, y me llevó del juicio hacia el respeto; sino que también mudó mi manera de ver a la gente en general. Y puedo decir que cada vez que conozco seres que piensan y viven distinto a mí, mi mundo interno se hace un poco más rico.

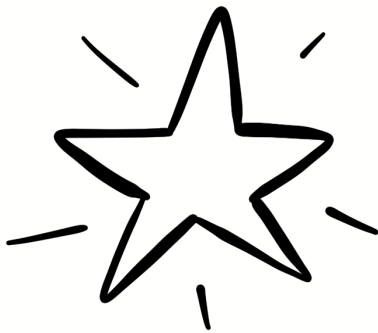
SI VOY A SER,

QUIERO SER

DEJANDO QUE OTROS SEAN

TAMBIÉN.

*Tú, naciste para brillar
y para ayudar a otros a encontrar su lugar.*



10

CON

TUDO

LO QUE

TENGO



CON TODO LO QUE TENGO

¿Qué cosas harías si fueras diez veces más valiente?

La primera vez que me hice esta pregunta fue cuando leía un libro sobre nuestra misión y visión en la vida; la autora había puesto una actividad para reflexionar. Recuerdo que mientras hacía la lista, luego de cada renglón plasmado en el papel, me preguntaba: *¿Qué es lo que me está impidiendo hacer esto?*

El miedo: la línea divisoria entre mi zona de confort y mi vida bien vivida.

Mi frase favorita se la atribuyen a Benjamin Franklin, aunque no está comprobado que él la haya dicho por primera vez: “Algunas personas mueren a los 25, y no son enterradas sino hasta los 75”.

¡Boom!

Ciertas personas nunca viven realmente, dejando que el miedo viva por ellas; entonces no crecen, no van detrás de su propósito y no alcanzan sus sueños, porque el miedo actúa como nube borrosa, impidiéndoles contemplar todo el panorama.

He escuchado decir que el miedo es una ilusión. En cambio, yo pienso que sí es real, pero no verdad. Es decir, el miedo existe y se siente, incluso nos advierte del peligro, pero es una mentira. Y como toda mentira, requiere que nosotros creamos en ella para tener poder. La vida útil del miedo acaba cuando tomamos la decisión de quitarle el control.

Hace un tiempo, nació en mi corazón el sueño de ir como misionera a otros países para compartir todo lo que Dios me había enseñado y había hecho en mi vida. En el año 2018 empecé a mirar la manera de ir a Brasil, pero por mis responsabilidades de la universidad, no pude.

Un año después, se abrió la puerta para ir en un viaje con la organización Global Awakening; era mi momento.

El 19 de enero empecé a levantar los fondos que necesitaba para pagar el boleto de avión y el viaje en general; era la primera vez que hacía algo así. Pedir donaciones me daba miedo, de ese que camina de la mano de la incertidumbre.

Pero di un paso de fe, hice un vídeo con la ayuda de mi amigo Luis, contando mi historia y pidiendo apoyo económico a los que quisieran hacer equipo conmigo; y lo compartí en redes sociales.

Tres meses era la meta para tener el monto completo, y yo ya estaba pensando qué hacer para conseguir el dinero adicional del sobrecargo si me pasaba de la fecha límite, o cómo iba a manejar la logística de tener que devolver el dinero a los pocos que me apoyaran si me cancelaban el viaje por no tener recolectado lo necesario.

Una canción sirvió mucho para ayudar a mantener mi fe, se llama Prophesy Your Promise de Bryan & Katie Torwalt, y acá comparto un poco de ella traducida al español:

*Cuando únicamente veo en parte
Yo profetizaré tu promesa
Porque tú terminas lo que empiezas
Yo confiaré en ti en el proceso
Yo te creo, Dios.*

Todas las mañanas, al empezar el día, escuchaba y cantaba esta canción las veces que fueran necesarias para creer lo que estaba diciendo. Cada 5 minutos refrescaba la app del correo en mi celular, a ver si me había entrado alguna donación nueva.

Poco a poco empezaron a llegar las notificaciones, que sentía como shots de adrenalina y mililitros de fe. Inmediatamente ingresaba la cantidad de la donación en la tabla de Excel que había hecho, y sentía como un masaje en los hombros al ver que los números en la celda del monto faltante se acercaban cada vez más a cero.

Al final de cada día, me dormía con la misma canción de fondo. Su letra y melodía fueron mis aliadas para ganarle al miedo.

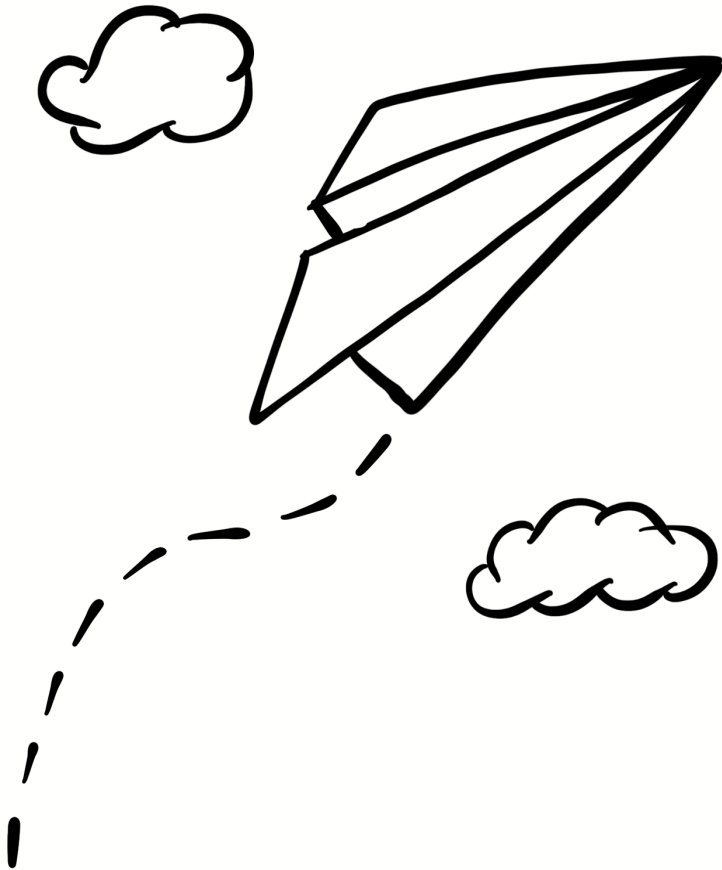
Quizás todo sería más fácil si supiéramos lo que va a pasar siempre; pero algo lindo de la vida es que, incluso desconociendo lo que vendrá, podemos ver más allá de lo presente con ojos valientes. Y es que, si estamos expuestos al cambio o a intentar algo nuevo, entonces nos exponemos a tener miedo, mucho miedo; pero yo pienso que lo vale.

Soñemos. Ilusionémonos. Creamos y creemos.
Y vivamos con todo lo que tenemos.

INCLUSO DESCONOCIENDO
LO QUE VENDRÁ,
PODEMOS VER MÁS ALLÁ
DE LO PRESENTE
CON OJOS VALIENTES.

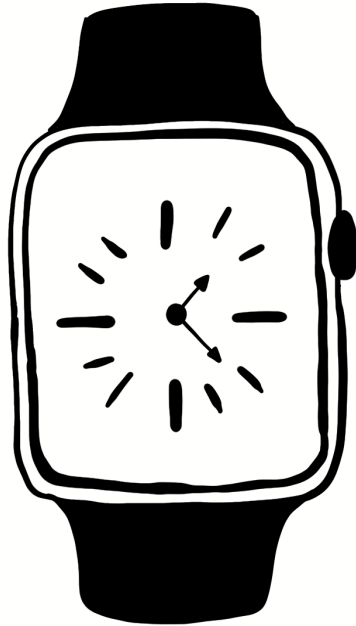
Ah, ¿recuerdas que dije que necesitaba recoger el dinero para el 19 de abril?

Bueno, el 18 de marzo ya estaba todo el viaje pago, incluidos los tiquetes de avión. Ese viaje a Brasil, incluso antes de empezar, me presentó con la fe en primera persona; y como era de esperarse, Dios movió todo para que el plan se hiciera real.



11

A PASO
SUAVE
PERO
CON RITMO



A PASO SUAVE
PERO CON RITMO

Veo un puente con una pared baja construida en piedra, y detrás una gran cascada cayendo sobre un río, todo está rodeado por montañas; es una vista de postal y uno de esos destinos que Avianca catalogaría como “único”. Corro y corro a través del puente, y por más que lo hago, no avanzo.

Estas no son vacaciones, pienso.

Desde pequeña, mi talento menos desarrollado ha sido esperar. Aprender a esperar que fuera mi cumpleaños o navidad para recibir los regalos que quería. Aprender a esperar con la mano levantada para hablar en clase. Aprender a esperar para salir de vacaciones. Aprender a esperar que el almuerzo estuviera listo. Aprender a esperar.

Hago parte del club de los personajes que, antes de empezar un libro, leen el último párrafo porque las ganas de saber cómo termina los ciega

para leer las páginas anteriores. Y mi mayor dolor de cuello es cuando me dicen “el lunes te cuento”, y apenas es viernes; en ese momento, me doy cuenta de que voy a estar tres noches sin dormir.

Hace unos años conocí a Nicolás. Tenía puestos jeans ceñidos, botas y una camisa hawaiana, que lucía con la misma confianza que vestía su rebeldía, inconformismo y fascinación por la vida.

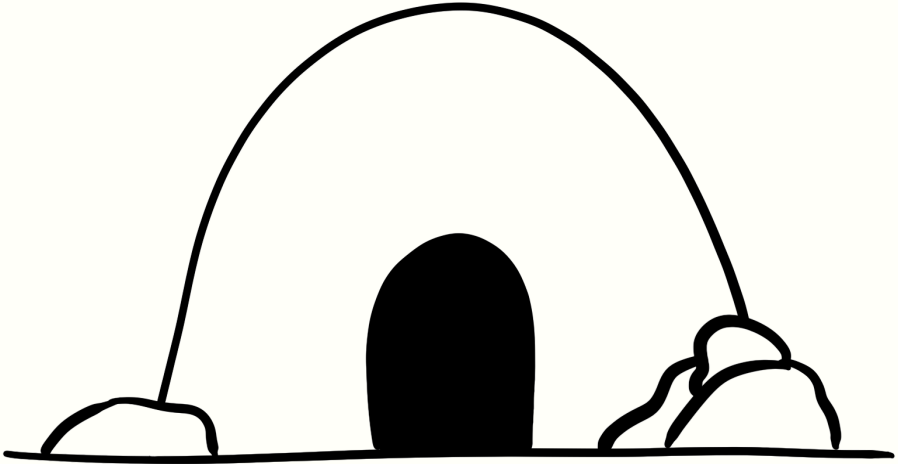
Él es el tipo de persona que desafía cada uno de los clichés de la vida; es el tipo de persona que imaginas debe tener una banda de rock o una Harley Davidson, como mínimo; es el tipo de persona que no ignoras en medio de una multitud.

En pocas palabras, es un rockstar.

Un día, Nicolás me aconsejó disfrutar de “la cueva de preparación”, el lugar en el que hay silencio y quietud, para enfocarme en el proceso y no saltármelo queriendo llegar al destino más rápido.

Es que, he pasado muchas horas, días y años corriendo.

Y en ese trajín me he perdido de lo simple, y verdaderamente importante, como: ver a mi hermanito entrenar baloncesto, las idas exprés al mercado para comprar jamón y queso, las conversaciones espontáneas en las que mejor se conoce a la gente; también me he perdido de mirar



a otros a los ojos, por mirar a la pantalla del computador; y en muchas ocasiones, he olvidado sacar la cabeza por la ventana del carro para sentir la caricia del viento en mi rostro.

Los recuerdos me transportan al sentimiento de no haber avanzado, a pesar de haber sumado muchos kilómetros. Cara a cara conmigo misma, necesito aceptar que quizás no le he hecho justicia a mi libertad, desaprovechando momentos en los que pude haber disfrutado más, o simplemente haber disfrutado un poco.

Y a este ritmo no quiero seguir sumando instantes perdidos, porque esos no los guardan en la caja de objetos perdidos; esos simplemente desaparecen en el tiempo sin haber tenido la oportunidad de grabarse como recuerdos.

Es un hecho, tengo que dejar de correr; quiero dejar de correr. No hay duda de que la vida es mucho más que eso, es mucho más que el futuro.

Sin embargo, soy consciente de que todo el recorrido hasta llegar aquí no ha sido en vano, y cada uno de esos kilómetros ha sumado para que yo esté donde estoy el día de hoy, y para que piense de la manera en que lo hago.



El lugar sobre el que te conté al principio de este capítulo fue una imagen que llegó a mi cabeza una tarde; tan vívida que podía sentir la pesadez en las piernas de tanto correr, la frecuencia de mi corazón aumentando y mis hombros flojeando. Sucedió unos meses después del consejo de Nicolás.

En la imagen, sigo viendo el mismo río y las mismas montañas, pero estoy tan enfocada en correr que presto poca atención a los detalles de fondo.

—Hay una hermosa cascada enfrente, pero estás tan ocupada corriendo sobre el puente y tratando de tener el control, que estás olvidando disfrutar de la vista alrededor. Mientras corres, la cascada se mantiene igual enfrente tuyo, porque tus preocupaciones no tienen el poder de hacer que las cosas cambien. Disfruta la vista; vive el *ahora*. —Fue lo que me dijo Dios acerca de aquel lugar.

Y en ese momento recordé el consejo de Nicolás, solo para darme cuenta de que lo que él llamaba “cueva”, en mi imagen se veía como un puente. Un puente presente, que conecta mi pasado con mi futuro. Un puente que muchas veces quiero cruzar rápido, porque me da miedo que se caiga si estoy mucho tiempo sobre él. Pero esa es justamente una de sus características, y es que puede generar incertidumbre si no confiamos; como la vida misma.

Esa imagen, junto con las palabras de Nicolás, me han ayudado a pausar, y a darme cuenta de que incluso para los grandes corredores como yo, hay esperanza.

¿Y sabes cuál es esa esperanza?

Ver que todavía hay muchos kilómetros por avanzar, caminando a paso suave pero con ritmo. Porque mi espíritu solo quiere caminar; lo que me permite soñar sin la presión autoimpuesta de tener que tocar las estrellas, y encontrarme con todos los seres y momentos del recorrido, sin afán.

Independientemente de las dificultades que hagan parte del proceso, hay algo que se mantiene: Dios quiere que vivamos nuestra vida bonita, un día a la vez.

Y desde mi ubicación en el camino, levanto un cartel en el que escribo: “Plantémonos en el presente; y sepamos que no estamos solos en esto, todos estamos en progreso...”, y más abajito: “Se ofrecen abrazos gratis”.

MI ESPÍRITU

SOLO QUIERE CAMINAR;

LO QUE ME PERMITE SOÑAR
SIN LA PRESIÓN

AUTOIMPUESTA

DE TENER QUE

TOCAR LAS ESTRELLAS.

GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS.

Dios, gracias por siempre ser y estar, dentro y alrededor de mí.

Fabianita y Quin, gracias por amarme y reír conmigo; son los mejores roommates que alguien pueda tener. Ma, tu fe me ha levantado del piso más veces de las que te imaginas.

Neider, gracias por ser mi referente al crecer. Si hay alguna pizca interesante en mí, te la debo a ti; es seguro que la copié de ti.

Juanchilas, gracias por creer en mí, por tu disposición para ayudarme (incluso en lo más pequeño), y por acompañarme adonde no quiero ir sola; eres un lugar seguro para mí.

Abuela, gracias por tu cuidado y amor que siempre me hacen sentir la persona más importante.

Lore, gracias por animarte a poner palabras de tu corazón en el prólogo de este libro. Estas páginas no tendrían el mismo color si no hicieras parte de ellas.

Profe Juanchito, gracias por ser el tipo de maestro que pone oportunidades en la mesa para aprender, y por contagiarme de tus ganas por la literatura.

Jeins, gracias por mostrarme el camino para ser una mejor contadora de historias, y por alumbrarlo para mí.

Hiawyn y Verónica, gracias por publicar *Fernando Furioso*, el libro que cuando tenía siete años, me abrió la puerta del corazón hacia el mundo de la lectura. Y Antoine, gracias por *El Principito*, que me mostró lo inefable; desde el día que vi la boa comiendo un elefante, no he dejado de soñar.

A ti que me lees, gracias por tomarte esto en serio y por haber llegado hasta el final, que no precisamente es un “finalizar”, sino un “permanecer”.

y o

Teniendo en cuenta que a lo largo de las páginas anteriores te conté mucho sobre mí y quizás sientes que me conoces lo suficiente como para responder bien un quiz de mejores amigos, este capítulo es paisaje.

Mi nombre real, el de la cédula, es Geraldine Ramirez Bustamante (“Geraldine” con “G” y termina en “e”; es lo que tengo que decir en las tiendas cuando me piden mi nombre, porque si no, lo escriben mal).

Mi nombre no real es Cresparchada, la unión de “crespa” y “parchada”; siendo la primera, una palabra que habla por mí cuando estoy peinada y cuando no, y la segunda, una que define parte de mi personalidad (en el diccionario colombiano, el término “parchado” hace referencia a algo relajado).

Nací en Colombia el 23 de julio de 1998 (por favor felicítame cuando sea el día), y vivo en la ciudad de la primavera que no muere, Medellín, mi favorita.

Como me gustan las listas, entonces acá va una:

Me gusta mucho contar historias.

Me gusta mucho leer y montar en bicicleta.

Me gusta mucho hacer reír a la gente, y reírme.

Me gustan mucho las películas románticas.

Me gustan mucho las papas fritas y el helado.

Me gustan mucho las olas del mar y las palmeras.

Mi color favorito es el azul claro.

Y amo vivir nuevas experiencias; por eso amé escribir este libro.

EPILOGO

(No sabía qué era un epílogo, hasta que me dijeron que este es uno).

En vez de concluir algo, sigamos en progreso... nada está concluido aún; nos faltan pasos por dar, lágrimas por derramar, risas por soltar, aire por inhalar, decisiones por tomar, errores por cometer, listas por chequear, personas por recibir y por despedir, libros por escribir, y mucha vida. Pero vamos bien.

El título de este libro, *Kómorebi*, es una palabra japonesa que no tiene traducción a una palabra específica en español, pero significa: “la luz del sol pasando a través de las hojas de los árboles”.

Qué hermosa, ¿cierto?

Es impresionante que una sola palabra pueda llevar consigo tanta profundidad.

Komorebi es como nuestro proceso, la luz de Dios pasando a través de nosotros; a través de nuestras luchas, nuestras heridas, nuestros problemas, nuestras equivocaciones. Lo más hermoso de todo es la luz de Dios en nuestro proceso.

Y antes de que cierres este libro, quiero preguntarte algo:
¿Cuántas veces al día haces una pausa para maravillarte ante la belleza de la creación?
Ahí te la dejo, y no es una pregunta retórica.

Algo más, si nadie te lo ha dicho hoy, quiero que sepas que vas muy bien. Haber leído todas las páginas de este viaje de recuerdos, en los que espero también hayas visto tu reflejo, es un paso más en el camino; y estoy orgullosa de ti.

Sigamos caminando.



Me encantaría conversar contigo, de humano a humano.
Podemos hablar de tu primer concierto, sabor de helado favorito, o de cómo suena tu despertador en la mañana. También podemos hablar de *Komorebi*, y de cualquier otra cosa bonita.

Si quieres, escíbeme al correo: cresparchada@gmail.com
También, me puedes enviar un DM a Instagram: [@cresparchada](https://www.instagram.com/cresparchada)